

por José Luis Oliva Torres

*Basta que hablemos de un objeto para creernos objetivos. Pero, en nuestro primer acercamiento, el objeto nos señala más que nosotros a él, y lo que creíamos nuestros pensamientos fundamentales sobre el mundo, muchas veces no son otra cosa que confidencias sobre la juventud de nuestro espíritu. (Gaston de Bachelard, 1936)*

La novela de Alberto Omar Walls, *Un genio maléfico*, nos lleva a la juventud, por los espacios vividos y cercanos de la isla de Tenerife, compartiendo un tiempo contemporáneo y eterno, desde lo cotidiano a lo extraordinario de nuestra geografía, donde el paisaje y el paisanaje se funden en un habla próxima. El relato, al igual que los caldos insulares jóvenes y frescos con multitudes de notas sensoriales, proviene de las cepas más antiguas de Europa.

La historia que se cuenta, se torna multifocal, se entrelaza y teje con infinitos hilos, donde el número 1111 cobra sentido y donde la narrativa nos va atrapando en diferentes poéticas, a modo de escenas cinematográficas. Capítulo a capítulo el autor destila en pequeñas gotas o pinceladas alegres, conocimientos de oriente y occidente que se diluye de manera homeopática en el discurso dramático proponiéndonos una o quizás varias salidas al entramado narrativo.

Es una novela escrita desde la modernidad cervantina, polifónica, donde se rompe la cuarta pared de la escena y donde se juega desde las bambalinas al patio de butacas, tratando de hacer patente realidades multidimensionales. Construida la trama, con un andamiaje de madera del siglo XVII pero actualizándose a los nuevos conocimientos de las grandes estructuras actuales de maderas laminadas, sin usar clavos hirientes. sino colas de milano. Bebiendo sin duda del realismo mágico, la novela policiaca y el surrealismo canario, quizás el surrealismo más destilado y con la cadencia más bella, del mismo modo hay algo del *Ángel exterminador de Buñuel* pero con la perspectiva atlántica, a latitud norte 28º.

Este libro nos permite experimentar con una mirada distinta, no aquella que penetra el cristal y la lámina de plomo tratando de observar el otro lado del espejo,

sino otra que es permeable al mundo aparente, a los diferentes estados de consciencia. permeable en una ósmosis inversa, que deja atrás de la membrana, la sal no necesaria, no es sal de lágrimas sino solo agua enriquecida, dejando de lado el sufrimiento de los personajes para trascender las finitas dimensiones del encierro y transformándose en encuentros atemporales como lo es sin duda el disfrute del ejercicio literario.

No es gratuito que la acción transcurra en un espacio relevante para astrofísica y la vulcanología donde se ha experimentado con el entrelazamiento cuántico. Al igual que Creta, Tenerife guarda infinidad de laberintos y espacios sagrados más reconocibles en la religiosidad aborigen, Laberintos formados por el fuego magmático y, ante este hecho, no nos queda otra que citar a *G. H. von Schubert* «*Del mismo modo que la amistad nos prepara para el amor, del mismo modo por el rozamiento de los cuerpos semejantes nace la nostalgia (el calor), y el amor (la llama) brota.*» Pero tal vez el relato nos proponen encontrar nuestra propia Ariadna, Teseo o Minotauro, deshilando nuestros senderos.

Una novela sutil y divertida donde todo gira en torno al encuentro, como vehículo para crecimiento humano, donde el continuo espacio-tiempo de la isla de Tenerife, es un personaje más y protagonista de este relato sensorial, que se embriaga de una estética de teatro clásico, donde los personajes terminan o no siendo permeables entre sí y se permiten escapar o no a sus propias circularidades.

No queda otra cosa que leer la novela, cuestión que aconsejo, para desentrañar los vericuetos y esperanzas que el autor y el relato nos propone, en una lectura comprometida con las diferentes maneras de acercarnos al tiempo, siendo una de ellas, las que nos propone Jorge Luis Borges: “*El tiempo es la sustancia de que estoy hecho, el tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; él es el tigre que me destroza, pero yo soy el tigre. Es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego*”. Tal vez el autor nos está insinuado que todos somos Guayota, como también nos apunta Borges, “*El tiempo es solo el momento en el que la persona sabe quién es*”, y en este ágil relato el autor parece proponernos este axioma de forma traslúcida.